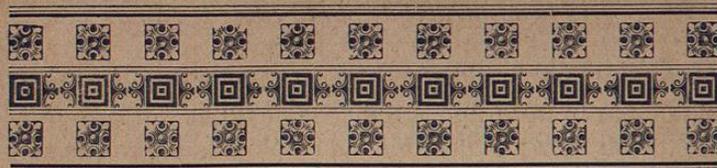


dumbre de pueblo que de nuevo volvió á llenar la iglesia de Santo Domingo. Predicóse de Rosa, dijose mucho de su feliz y admirable vida y elogios dignos de sus méritos: celebróse con gran pompa y majestuoso ornato la misa; templó la inquietud del pueblo la dolorosa ausencia de Rosa, y así pudo oirse el sermón; convirtiéndose todo en oraciones, y mientras el sacerdote ofrecía el sacrificio por ella, se encomendaban todos juntos á la virgen, pidiendo á voces fuese con Dios su intercesora.

Cuando esto pasaba en la ciudad de Lima, la fama había ya esparcido el nombre admirable de Rosa por todo aquel reino; sin haber dejado ciudad, villa ni aldea donde no llegase á noticia de todos. En todas partes aclamaron sus virtudes con aplausos y señales públicas de alegría. Potosí, que dista de la ciudad de Lima trescientas leguas, hasta entonces no conocía el nombre de Rosa y mucho menos la persona; pero apenas tuvo nuevas del bienaventurado tránsito de la virgen, con soberano impulso se enfervorizó, siendo común la alegría con que la celebraban. Sonaron en las torres los bien templados metales de las campanas, resplandecieron por toda la ciudad luminarias, se oyeron por doquiera sus alabanzas. Así de uno á otro pueblo pasó la voz; y toda aquella región dilatada del Perú, que no conocía á Rosa cuando vivía, después de muerta la celebró con júbilos, aclamaciones y voces de alabanza; porque todos se prometían que habían de recibir por su intercesión consuelo, defensa y sufragios. Y no les engañó su deseo, ni su esperanza, como se dirá más adelante.



### CAPÍTULO III

Mudan el sepulcro á Rosa con autoridad del Ordinario, y trasladan su cuerpo solemnemente.

**C**ELEBRADAS las últimas exequias con la magnificencia y esplendidez que está dicho, creían todos, que el pueblo poco á poco iría desistiendo de frecuentar el sepulcro de Rosa; como sucede, que con el tiempo suelen mitigarse los primeros fervores. Sucedió, empero, muy al contrario, porque la multitud y celebridad de los milagros llamaba cada día más y más gente á la sepultura de la virgen. Había demás de esto grandes quejas esparcidas por la ciudad, de que el sagrado cuerpo estuviese en lugar tan retirado, donde por las leyes de la clausura, ni á todas horas, ni de toda clase de personas podía ser visitado. No solo la plebe sino también los nobles y más principales de Lima, y al fin los párrocos de las iglesias, los superiores de las religiones y otros varones de mucha cuenta fueron de parecer que era puesto en razón condescender con los deseos constantes y devotos de los propios y extraños, naturales y forasteros, y que se debía pensar en la traslación de aquella preciosa pren-

da; atendiendo á que era Rosa tesoro común de los limenses, consuelo de los piadosos, remedio de los afligidos; y que así debía hacerse pública y tratable la devoción de todos. Sólo se esperaba el consentimiento del señor Arzobispo. Este, informado á 27 de Febrero de 1619 del estado en que se hallaba este asunto y de los ardientes deseos de todo el pueblo, mandó el mismo día que se presentó la súplica, que se extendiese un decreto del tenor siguiente: «Ante el Ilustrísimo señor Bartolomé Lobo Guerrero, Arzobispo de Lima, del Consejo de su Majestad, etc. fué leída y vista una petición, etc. y atento á las razones que en ella se refieren, y á la aclamación universal y pública con que, así en esta ciudad de Lima, como en todo el reino del Perú, Rosa de Santa María, de la venerable Orden de Santo Domingo, es tenida por santa, daba y dió facultad para que su cuerpo, desde el sepulcro que ahora ocupa, se pueda trasladar á otro lugar decente dentro de la iglesia de Santo Domingo, que más conveniente le pareciere al P. Maestro Fr. Agustín de Vera, Provincial de la dicha Orden. Signó el decreto su Ilustrísima el señor Arzobispo. Ante mí el Doctor Fernando Becerril.»

Para acto tan solemne, como había de ser la traslación de Rosa, señalóse la víspera de San José, que es á diecinueve de Marzo, porque no podían disponerse antes el nuevo sepulcro y urna, ni el ornato que era necesario. Como el fallecimiento de Rosa había figurado con varios símbolos la muerte de Cristo expirando en la cruz; así también mucho antes estaba declarado por revelación divina, que había de ser gloriosa su sepultura. Pero ahora se iba descubriendo una viva imagen de la resurrección de Cristo; ya que así como el Hijo de Dios había estado en el sepulcro sin que la corrupción, que sigue á la muerte, invadiera sus miembros divinos; así también respetó el cuerpo de esta virgen, la que salió despidiendo la misma fragancia con que había sido sepultada. Sólo las manos habían perdido en la virgen algo del candor primitivo; acaso porque para

quitar reliquias con hierro y dientes las habían maltratado, ó por los muchos ósculos, que á millares había recibido en ellas. Esto notaron los que el mismo día trasladaron muy de mañana el sagrado cuerpo desde el antiguo ataúd á una nueva urna también de cedro, dorada por dentro y fuera, con dos fuertes cerraduras.

Dispuestas, pues, con buen orden todas las cosas del sobredicho día, salió del coro la comunidad del convento de Santo Domingo, asistida de otros muchos religiosos de diversas Ordenes, y fué derechamente en forma de procesión al capítulo, con cruz, cuatro acólitos y dos incensarios, después de los que iba el Provincial del Perú acompañado de ministros, todos ellos con ricas vestiduras sacerdotales. Llegó poco después el señor Arzobispo con sus asistentes, acompañándole el juez ordinario de la Santa Inquisición, canónigo metropolitano y vicario general de aquel arzobispado. Dichas las oraciones acostumbradas con aspersion de agua bendita y purificaciones, seis sacerdotes con albas, estolas y manipulos, tomaron en los hombros la urna y partieron todos á la iglesia, que estaba adornada de alto á bajo con sedas y preciosas colgaduras. Seguía el Arzobispo al sagrado cuerpo y por su orden las personas de más representación que allí se hallaron. Al llegar la urna dorada á la puerta del claustro que da entrada en la iglesia, luego que la vió la multitud de gente que la poblaba, levantó hasta el cielo las voces. Los confusos gritos de unos que aplaudían y de otros que lloraban de gozo devoto, ó que con ruegos solicitaban su intercesión, no dejaron oídos para percibir lo que se cantaba. Mientras que se acomodaba la urna en un pequeño catafalco, que junto al altar mayor se había levantado con suntuosidad, grandeza y adorno, tomó asiento el señor Arzobispo en un sitial que estaba al lado del Evangelio. El Provincial, revestido con la casulla, y con ministros, llegó á la peana del altar para comenzar la misa, á que dió principio la música con

destreza y melodía, para proseguir con motetes y villancicos que tenían prevenidos. Mas el pueblo sólo atento á tocar rosarios y estampas en la tumba de la virgen, causaba ruido y confusión, por ser tantos los que procuraban acercarse á la tumba. Cubrían el tablado, en donde estaba la caja que contenía los restos de la virgen, bordados tapices con flecos de oro; y finalmente todo este aparato no parecía pompa funeral, sino triunfo majestuoso.

Acabado de cantar el Evangelio subió al púlpito el P. Maestro Fr. Luis de Bilbao, catedrático de Prima de la Universidad de Lima y calificador del Santo Oficio, que como había confesado á Rosa por más espacio de tiempo que otros, era el que más noticias tenía de su espíritu y ejercicios, luces ocultas y de los favores que recibía del divino Esposo. Al punto quedó todo el auditorio inmóvil, puesto alerta para oír; y con ser la multitud tan grande, fué tanto el silencio repentino, que la iglesia parecía un desierto: tantas eran las ansias que tenían todos de oír predicar excelencias de la virgen. En el discurso del sermón díjose mucho de la inocencia bautismal nunca violada con ofensa mortal; de la flor intacta de su virginal limpieza; de la austeridad rigurosa de sus ejercicios, mortificados y penitentes; de las admirables ilustraciones que la comunicó el cielo; de los ardores seráficos con que ardía y se manifestaba en deseos su caridad ferventísima; y finalmente, cuantos bien fundados elogios pudieron reducirse al compendio de una hora. Raro fué el que no se compungió muy de corazón de sus culpas á la presencia de tan sagrado cadáver; y á la memoria de sus heroicas hazañas, muchos derramaban copiosas lágrimas. Todos al repetir el predicador el venerable nombre de Rosa, le hacían reverencia con la cabeza, aunque no se atrevían á manifestarla con la voz, por no perder palabra de lo que el predicador pronunciaba en sus heroicas alabanzas.

Acabado el panegírico y dado fin á la misa, el señor

Arzobispo vistiéndose de pontifical con mitra y báculo, en medio de todos los ministros y con cuatro asistentes de los que ocupaban mayores dignidades en el Cabildo de la Iglesia metropolitana de dicha ciudad, se acercó al túmulo; y después de haber hecho las ceremonias del Ritual romano, habiéndole cantado las antífonas, salmos y oraciones que allí se señalan, el Padre Provincial con los demás Prelados de todas las Religiones, tomaron la urna en hombros con reverencia. Y estando en pie el Ilmo. Sr. Arzobispo, con asistencia de todos los tribunales y de la curia civil, la pusieron en un suntuoso nicho, al lado derecho del altar mayor, labrado y adornado curiosamente, en forma de arco, que dorado por dentro y haciendo agradables reflejos con las luces que le pusieron, estaba hermosísimo. Por de fuera fortalecía el nicho una reja de hierro, también dorada, con que quedaron las reliquias patentes á la vista y aseguradas. Fué esta traslación gratísima al pueblo; dió testimonio el gran concurso que desde entonces, como más fácil, fué juntamente numerosísimo y mayor cada día; tanto, que se vieron obligados los Religiosos á tratar de otra traslación, porque la mucha gente que acudía á venerar la urna, ya movida de los milagros, ya de los grandes favores que recibía, impedía y turbaba los oficios divinos que en el altar mayor se celebraban.

Era continua la multitud de gentes que ofrecían votos, colgaban cirios y presentaban las muletas, después de lograda por intercesión de la virgen la salud. Finalmente, fué necesario dar medio para que se observase la reverencia debida al sacrosanto tabernáculo del Santísimo, que estaba en el altar mayor, y que no estuviesen vueltas las espaldas los que solo atendían á hacer oración pegados al sepulcro de la virgen. Así que para colocar las reliquias de Rosa se eligió otro lugar más á propósito, que fué la capilla de Santa Catalina de Sena, que estaba bastante distante del altar mayor y á su lado izquierdo. Pareció muy debido á una

hija tan semejante que el lugar de su reposo fuese el seno de la Santa Madre; si se puede llamar quietud y reposo el puesto donde tanto resonaban el estruendo y clamores del pueblo devoto, aunque con menor impedimento de los divinos oficios, para los cuales debía estar el altar mayor muy libre y desocupado.

En este interin llegaron á Lima Letras Apostólicas, por las que, señalados jueces especiales en la causa de Rosa, usando de su comisión, nombraron nuevo tribunal, según la forma indicada por la Sagrada Congregación de Ritos, á fin de examinar testigos de la vida y obras de la sierva de Dios Sor Rosa de Santa Maria. Dióse principio al examen á 17 de Mayo de 1630; duró la averiguación hasta el año de 1632, por ser muchos los testigos que depusieron, (fué el número 183) y por otras circunstancias que impidieron se concluyera el proceso con la brevedad que hubiera sido de desear. Como conclusión sólo faltaba visitar el sepulcro y las reliquias de la sierva de Dios. Fueron nombrados para el efecto y como testigos de vista Juan de Tejada y Juan de Vega, doctores médicos; Juan de Valenzuela y Bartolomé de Cebico, secretarios, con Asenso de Molina, cirujano. Abrieron la urna de madera, estando presente el M. R. P. Mtro. Fr. Gabriel de Zárate, Provincial, y hallaron entero el cuerpo de la virgen casi quince años después de su muerte y consumidos los hábitos. Estaba muy desecada y enjuta la carne que cubría los huesos. Despedía olor suavísimo, no como el que suele salir de los muertos, sino muy parecido á la rosa seca después de curada al sol. Juró el primero de los médicos nombrados arriba que la fragancia singular que habían exhalado en aquella ocasión las reliquias, no sólo había recreado el olfato de los presentes, sino también bañado de improviso los ánimos con interior sentimiento de ternura y devoción.

De aquí fueron al capítulo á registrar el primer sepulcro de la virgen, de donde los fieles sacaban mucha tierra para remedio de varias enfermedades. Allí todos

por su orden exploraron con la mano la concavidad; y hallaron que al parecer solo se podían haber sacado poco más de cuatro ó cinco libras de tierra, si bien constaba por muchos testimonios que por aquel agujero que correspondía al lugar en que tuvo la virgen la cabeza, se habían sacado muchos más celemines y repartiéndolos por todo el reino. De donde se podía colegir con gran fundamento que el cielo había comunicado al sepulcro primero de Rosa lo que se cuenta del antiguo sepulcro de San Raimundo, y es que como van sacando tierra los devotos, va naciendo otra de nuevo.

El año de 1649 el Procurador general de la Orden de Predicadores en la Curia Romana, por carta particular amonestó á los religiosos del Convento de Lima que tuviesen mucha cuenta con la nueva Constitución de Urbano VIII, expedida el año de 1634, á 5 de Julio, que comienza: *Coelestis Hierusalem*. Causó mucho dolor á dichos religiosos que en espacio de seis años no hubiese llegado á Lima siquiera una copia de esta Constitución, ni aun la menor noticia de que hubiese salido; y no era maravilla siendo tanta la distancia y tan numerosos los piratas que poblaban entonces los mares y ponían en riesgo las embarcaciones. Con todo eso aquellos Padres, á pesar de ser particular y no auténtica aquella carta, juzgaron que se debía obedecer sin dilación alguna; y así aquella noche quitaron de las paredes y sepulcro de Rosa cuanto podía imaginarse, que era dar antes de tiempo culto público á la virgen. Al día siguiente fué cosa intolerable para toda la ciudad, tan devota de su conciudadana, saber la determinación que tomó la comunidad de Lima. Buscaba en el lugar que había dejado la tarde antecedente su asilo y su consuelo; pedía con instancias á Santa Catalina de Sena que le restituyese esta segunda Catalina de Lima. Y como el vulgo con pretexto de piedad suele fácilmente arrojarse á sospechas y juicios temerarios, esparcióse luego el rumor de que habían robado las reliquias sin saberlo el convento, ó que las habían remitido á

España por fines que los de la ciudad no comprendían. Sin más averiguaciones el vulgo ignorante y crédulo conspiró tumultuosamente; juntóse gran multitud llena de cólera, y dando gritos amenazaba al convento en tono altanero, sin que bastase la satisfacción que les daban; porque, ó no lo entendían, ó no querían darse por entendidos. Tarde al fin y con mucho trabajo pudieron persuadir al pueblo furioso, que esto era adelantarse más la causa de Rosa y que nunca debía tener inconveniente en obedecer los decretos del Romano Pontífice, cuya desobediencia tampoco podía ser grata á la virgen; que sus reliquias estaban muy bien guardadas y seguras en el primer sepulcro y que acerca de ellas, teniendo ya noticia de la Constitución Apostólica, no se debía permitir ni obrar nada que dionase de lo que ordenaba la Sagrada Congregación de Ritos. Con gran dificultad se vino á quietar el pueblo; contentóse con saber que las reliquias de su amada Rosa estaban bien guardadas y en lugar seguro.



#### CAPÍTULO IV

Rosa después de su fallecimiento aparece gloriosa muchas veces á varias personas.

**A**LFONSA Serrano, de quien se hizo mención arriba, así como fué mientras vivió la más querida y con quien más familiarmente trataba la virgen, así después de su muerte fué más favorecida, apareciéndosele con mayor frecuencia. Entre todas estas apariciones la más ilustre fué la que tuvo cuando vió á la Reina del cielo que estando en pie delante del solio augusto de la divinidad, tenía en la mano una corona, y al parecer esperaba para coronar felizmente las sienes de una persona que había de venir á recibirla en las gradas de aquel majestuoso trono. Vió que por otro lado venía un coro de vírgenes que llevaba en medio á Rosa, con gran fiesta y grandes señales de regocijo, para presentarla á la Reina soberana de las vírgenes. Las que componían aquel glorioso escuadrón tenían todas en las manos palmas triunfadoras y coronas en la cabeza; solo á Rosa, aunque llevaba palma, le faltaba la guirnalda. Alfonsa fuera